

GA

Dejar atrás lo *woke* por una izquierda más progresista

UMUT ÖZKIRIMLI

GETIYANOS

PAIDÓS

UMUT ÖZKIRIMLI

CANCELADOS

Dejar atrás lo *woke* por una
izquierda más progresista

Traducción de Pablo Hermida Lazcano

PAIDÓS Contextos

Título original: *Cancelled: The Left Way Back from Woke*, de Umut Özkırmılı
Esta edición se ha publicado por acuerdo con Polity Press Ltd., Cambridge

1.^a edición, octubre de 2023

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Umut Özkırmılı, 2023

© de la traducción, Pablo Hermida Lazcano, 2023

© de todas las ediciones en castellano,
Editorial Planeta, S. A., 2023
Paidós es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona, España
www.paidos.com
www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-493-4154-0

Maquetación: Realización Planeta

Depósito legal: B. 15.240-2023

Impresión y encuadernación en Huertas Industrias Gráficas, S. A.

Impreso en España – *Printed in Spain*



SUMARIO

Prólogo	9
1. Un brusco despertar.	27
2. Políticas de la identidad de la derecha	53
3. Políticas de la identidad de la izquierda	87
4. La izquierda se encuentra con la derecha	123
5. Hacia una nueva izquierda progresista	175
Epílogo	211
Agradecimientos	221
Notas	225
Índice onomástico y de materias	259

CAPÍTULO 1

Un brusco despertar

LA MARCHA DE LAS MUJERES EN WASHINGTON

El 8 de noviembre de 2016, horas después de que Donald Trump declarase su victoria como cuadragésimo quinto presidente de Estados Unidos, Teresa Shook, una abogada jubilada de Hawái, utilizó Facebook para descargar su frustración. Creó una página de evento privado en Pantsuit Nation, un grupo de Facebook dedicado a movilizar a mujeres partidarias de Hillary Clinton, que compartió únicamente con cuarenta amigas. El mensaje subyacente era conciso, pero iba directo al grano: «¡Tenemos que manifestarnos!». Cuando se despertó al día siguiente, su página se había vuelto viral. Más de diez mil personas confirmaron su asistencia y otras diez mil mostraron interés. Abrumada, Shook contactó con dos desconocidas, Evvie Harmon y Fontaine Pearson, que habían respondido a su publicación inicial. «Escogí a personas al azar —declararía más tarde a *The New York Times*—. Mi buzón de mensajes estaba lleno. No tenía tiempo de investigar a nadie.»¹

Ni Shook ni las demás personas que crearon páginas similares en Facebook para satisfacer la demanda en cascada podían prever que centenares de miles de mujeres acudirían en masa al Na-

tional Mall de Washington D. C. el 21 de enero de 2017, el día después de la toma de posesión del presidente. Según las estimaciones de los politólogos Erica Chenoweth y Jeremy Pressman, la Marcha de las Mujeres fue probablemente la mayor manifestación de un solo día en la historia registrada de Estados Unidos. Hubo 653 marchas convocadas a lo largo y ancho del país, en las que participaron entre 3.267.134 y 5.246.670 personas (la mejor estimación era de 4.157.894). Eso representaba entre el 1 y el 1,6 % de la población estadounidense, señalaban, advirtiendo que el conjunto de las fuerzas armadas estadounidenses apenas superaba los dos millones de personas.² Era una impresionante demostración de unidad frente a lo que supuestamente representaba una de las más graves amenazas para la democracia liberal en los últimos años, como corroboraría la actuación posterior de Trump. Las mujeres habían mostrado al mundo que era posible unirse en pro de causas progresistas, y habían sembrado las semillas de un movimiento transnacional de solidaridad, con marchas hermanas al menos en 261 lugares de fuera de Estados Unidos, desde la Antártida hasta Zimbabue.

No obstante, al igual que otros sueños americanos, a este lo aguardaba un brusco despertar. Y no era la derecha la que lo iba a conducir a la perdición. Desde el comienzo, la Marcha de las Mujeres estuvo plagada de controversias e interminables disputas sobre asuntos relacionados con la inclusión y la exclusión, que enfrentaban entre sí a varios grupos feministas. Las organizadoras se habían granjeado críticas ya en noviembre, cuando intentaron bautizar el evento en honor de la Marcha del Millón de Mujeres, una protesta de 1997 organizada por las mujeres afroamericanas en el Benjamin Franklin Parkway de Filadelfia. «Yo pensaba que era importante que se reconociera que había habido una Marcha del Millón de Mujeres en el pasado —declaró Nyasha Junior, escritora y profesora de religión en la Universidad de Temple—, y que se reconociera el trabajo realizado por las mujeres negras.»³ Ello llevó a Vanessa Wruble, una de las miembros influyentes del comi-

té organizador original, a cambiar el nombre por el de Marcha de las Mujeres. «Sabía que sería un desastre que solo marchasen en Washington las mujeres blancas —diría más tarde Wruble—. Teníamos que corregir los errores del pasado y garantizar que existiese el liderazgo de color.»⁴

Y eso fue lo que se propuso hacer y se puso en contacto con Carmen Pérez y Tamika Mallory. Pérez era una activista chicana que trabajaba en temas de derechos civiles, y la presidenta y directora ejecutiva de The Gathering for Justice, una organización sin ánimo de lucro fundada por Harry Belafonte; Tamika Mallory era una activista negra, que llevaba mucho tiempo luchando contra la violencia armada y la brutalidad policial. Más tarde se unió a ellas Linda Sarsour, una musulmana de origen palestino y exdirectora ejecutiva de la Asociación Árabe Estadounidense de Nueva York. Junto con la diseñadora de moda estadounidense Bob Bland, Pérez, Mallory y Sarsour llegaron a ser los rostros de la Marcha de las Mujeres y fueron retratadas en la lista de las «cien personas más influyentes» de la revista *Time* en 2017.

Con todo, ese comité organizador meticulosamente «diversificado» y los principios de unidad publicados el 12 de enero no bastaron para evitar las críticas. Un asunto particularmente espinoso fueron los gorros de lana rosas conocidos como *pussy hats* que llevaban la mayoría de las participantes durante la Marcha de las Mujeres en Washington. El *pussy hat* fue creado por Krista Suh y Jayna Zweiman como reacción a los ofensivos comentarios de Donald Trump en la cinta filtrada de *Access Hollywood*. «Ya sabes, me siento atraído automáticamente por las [mujeres] guapas y empiezo a besarlas —dijo de forma infame el expresidente—. Es como un imán. Las beso. Ni siquiera espero. Y cuando eres una estrella, te dejan hacerlo. Puedes hacer cualquier cosa. Agarrarlas del coño. Lo que sea.»⁵ Las creadoras del gorro deseaban reclamar la palabra [jugando con la polisemia de *pussy*, que en inglés significa tanto «gatita» como «coño»] y convertirla en un símbolo empoderante para las manifestantes. Sin embargo, la

elección fue rechazada por las activistas LGBTQ+ por excluir y ofender a las mujeres transgénero y a las personas con disconformidad de género, así como a las mujeres de color, cuyos genitales podían ser de otro color. El rosa se escogió por ser el más «asociado con la feminidad —explicaron Suh y Zweiman—. No importa si tienes o no vulva, ni de qué color pueda ser esta. Si una participante quiere crear un PussyhatMR que refleje el color de su vulva, nosotras apoyamos su elección».⁶

No todas estaban convencidas. En los días previos a la Marcha de las Mujeres de 2018, las organizadoras de las protestas de Pensacola, Florida, publicaron una poderosa reprimenda en la página de Facebook del grupo, pidiendo a las participantes que no llevaran los gorros por respeto a los grupos marginados: «El gorro con forma de coño rosa refuerza la idea de que mujer = vagina y vagina = mujer, y ambas ecuaciones son incorrectas —sostenían—. Además, el gorro rosa está centrado en las blancas y es eurocéntrico, toda vez que asume que todas las vaginas son rosas; esta aserción también es incorrecta». Por consiguiente, la acusación era de doble calibre: los gorros rosas con forma de coño no solo eran transfóbicos, sino también racistas.⁷ «Tus genitales no definen tu género, y ya es hora de que nos deshagamos del *pussy hat*, que es demasiado TERF para dar cabida a nuestros hermanos trans en nuestras luchas por la igualdad y la justicia», escribió en 2019 una activista no binaria.⁸ Para otras, el gorro era el símbolo del feminismo egoísta, «el tipo de feminismo privilegiado blanco de clase media alta, en el que las mujeres aparecen en la marcha como en un gran evento emocionante y luego no regresan a casa para acudir a sus manifestaciones locales de Black Lives Matter».⁹ Hasta el tejido era una seria fuente de controversia. Algunas veían el acto de tejer los gorros para distribuirlos gratuitamente como una experiencia catártica y espiritualmente unificadora. Otras, como la antropóloga Jamie E. Shenton, apuntaban a la controvertida historia del tejido, que era utilizado para promover causas políticas o simplemente como diversión por las mujeres blancas de clase

alta en el siglo XIX, mientras que seguía siendo un medio de subsistencia para las mujeres pertenecientes a grupos marginales.¹⁰

Quizá de un modo un tanto irónico, las mujeres blancas tampoco se sentían bienvenidas. Eso fue lo que llevó a una ministra de bodas de Carolina del Sur a cancelar su viaje a Washington, informó Farah Stockman de *The New York Times*. «Esta es una marcha de mujeres —señaló—. Se supone que somos aliadas en la igualdad salarial, el matrimonio y la adopción. ¿Por qué resulta ahora que “las mujeres blancas no comprenden a las mujeres negras”?» El mismo sentimiento de amargura caracterizaba algunas de las respuestas a las publicaciones en la página de Facebook de la marcha. A las mujeres blancas que pudieran haber sido víctimas de violación y maltrato se les estaba «pidiendo que reconocieran sus privilegios», escribió una joven blanca de Baltimore, en uno de los ejemplos citados en el reportaje de *The New York Times*.¹¹

Las divisiones raciales e ideológicas eran más visibles en asuntos relacionados con los derechos reproductivos y con el aborto, la perenne piedra en el zapato de la política estadounidense. Las coorganizadoras incluían el derecho de acceso al aborto y al control de la natalidad en sus principios de unidad, y tenían a Planned Parenthood, una de las mayores organizaciones sin ánimo de lucro dedicadas a la prestación de asistencia sanitaria reproductiva en Estados Unidos, como uno de los patrocinadores de la Marcha de las Mujeres. Algunas miembros de las organizaciones provida se sentían incómodas con esas decisiones, pese a considerarse «feministas por encima de todo». Su preocupación no era completamente infundada: cuando se corrió la voz de que se había concedido el estatus oficial de asociación a dos organizaciones contrarias al derecho a decidir, la reacción de las defensoras del aborto fue rápida e inflexible. No obstante, eso no disuadió a ciertos grupos antielección de participar en la marcha, con pancartas como «El aborto traiciona a las mujeres». «Aquello fue brutal —dijo Kristina Hernández, directora de comunicaciones de la or-

ganización provida Students for Life of America, cuando describió su experiencia a *Vox*—. Había manifestantes que nos gritaban y destrozaban nuestros carteles, incluso hubo una que nos escupió.» No todas eran hostiles, sin embargo, añadía Hernández. Un grupo con carteles a favor del derecho a decidir «nos gritaba: «¡Todavía seguimos queriéndoos!»». Casi corrí a abrazarlas.¹²

Ahora bien, el golpe de gracia para la Marcha de las Mujeres y sus coorganizadoras llegó el 11 de diciembre de 2018, cuando *Tablet*, una revista diaria en línea de «noticias, ideas y cultura judías», publicó un artículo explosivo acusando a Tamika Mallory y Carmen Pérez de antisemitismo. Mallory ya había sido objeto de críticas por acudir a un evento en el que había participado el líder de la Nación del Islam Louis Farrakhan, donde al parecer habría dicho: «Los judíos poderosos son mi enemigo».¹³ Rehusando renegar públicamente de Farrakhan, respondió a las críticas en un artículo que escribió para *NewsOne*, explicando que su activismo le exigía «entrar en espacios difíciles»: «Me resulta imposible estar de acuerdo con todas las declaraciones o compartir todos los puntos de vista de las muchas personas con las que he trabajado o con las que trabajaré en el futuro».¹⁴ Sin embargo, el artículo de *Tablet* iba más lejos. Presentaba evidencias que mostraban que algunos miembros de la Nación del Islam habían actuado como guardias de seguridad y conductores para las coorganizadoras de la marcha; planteaba interrogantes respecto de las finanzas del grupo, en particular sobre si las donaciones se gestionaban de forma adecuada. Peor aún, alegaba que las propias coorganizadoras habían hecho comentarios antisemitas. A tenor de lo escrito por Leah McSweeney y Jacob Siegel en *Tablet*, fue en la primera reunión, menos de una semana después de que se plantease la idea de una marcha, cuando Tamika Mallory y Carmen Pérez afirmaron, «supuestamente por primera vez, que los judíos tenían una especial responsabilidad colectiva como explotadores de los negros y los morenos».¹⁵ Al parecer también se hicieron comentarios anti-judíos en una reunión de enero celebrada después de la marcha.

Por su parte, Tamika Mallory, Bob Bland y Cassady Fendlay (la directora de comunicaciones de la Marcha de las Mujeres) negaron haber hecho jamás comentarios semejantes, ni en la primera reunión ni posteriormente en el apartamento de Mallory: «No hubo ninguna conversación particular sobre las mujeres judías ni sobre ningún grupo específico de personas», declaró Mallory a *Tablet*.¹⁶

Los efectos del artículo fueron devastadores. Teresa Shook, cuya publicación en Facebook había desatado la marcha, ya había reclamado la dimisión de las coorganizadoras de la Marcha de las Mujeres un mes antes de la publicación del artículo. «Bob Bland, Tamika Mallory, Linda Sarsour y Carmen Pérez, de Women's March, Inc., han alejado el movimiento de su verdadero curso —escribió—. En oposición a nuestros principios de unidad, han permitido que el antisemitismo, el sentimiento anti-LGTBQIA y la retórica racista y llena de odio lleguen a formar parte de la plataforma por su negativa a distanciarse de los grupos que propugnan esas creencias racistas y detestables.»¹⁷ Después del artículo de *Tablet*, aumentó la cobertura mediática crítica, tanto en la derecha como en la izquierda. Pese a esos recelos, la Marcha de las Mujeres de 2018 fue adelante el 20 de enero, con entre 1,8 y 2,6 millones de manifestantes.¹⁸ Las cifras descendieron de forma significativa en el segundo aniversario de la marcha original. La Marcha de las Mujeres de 2019, que se celebró el 19 de enero, consiguió atraer entre 665.324 y 735.978 personas en varios lugares de Estados Unidos.¹⁹

Muchos izquierdistas optaron por centrarse en los logros de las marchas, haciendo la vista gorda con las diversas controversias que habían plagado el movimiento desde el primer día, o justificándolas como luchas internas por el liderazgo. El impacto de la primera Marcha de las Mujeres en Washington fue ciertamente monumental y sin precedentes. Dejando a un lado el mero tamaño de las protestas, la marcha introdujo el concepto de *interseccionalidad* —acuñado por la profesora de Derecho Kimberlé W. Cren-

shaw para designar las múltiples formas en las que interactúan la raza y el género para modelar las experiencias de las mujeres negras— en la corriente dominante, con sus principios de unidad que proclamaban: «Debemos crear una sociedad en la que las mujeres —en particular, las mujeres negras, las mujeres nativas, las mujeres pobres, las mujeres inmigrantes, las mujeres musulmanas y las mujeres queer y trans— sean libres y capaces de cuidar y alimentar a sus familias, comoquiera que estas estén formadas, en entornos seguros y saludables, libres de impedimentos estructurales».²⁰ Alentaba asimismo a que se presentasen más mujeres como candidatas a ocupar cargos públicos y a ser elegidas. A modo de ejemplo, un número récord de mujeres obtuvieron escaños en la Cámara de Delegados de Virginia en noviembre de 2017, incluidas las primeras delegadas latina, transgénero y asiático-americana del estado.²¹

Estos logros —y la subsiguiente desintegración del movimiento— son precisamente el motivo por el que necesitamos mantenernos firmes contra los excesos de las políticas identitarias radicales, y renunciar al blanqueo partidista o a la neutralidad del inmovilismo. Obsesivamente preocupada por la propaganda derechista sobre casos de gran resonancia de activismo en los campus, buena parte de la izquierda cae cual sonámbula en las trampas cazabobos tendidas por sus adversarios, contribuyendo directamente a las guerras culturales cuya propia existencia se esmeran en negar. No obstante, los campus universitarios o los medios sociales no son ni los únicos ni los más importantes campos de batalla en la lucha por la justicia. Sí lo son, en cambio, las calles y las elecciones. Y ahí es donde la izquierda está perdiendo la batalla.

No hay nada más emblemático en el narcisismo de la izquierda *woke* que los dos años de apuros de la Marcha de las Mujeres. ¿Cómo podría ser más inclusivo un comité organizador que reunía mujeres negras, latinas, musulmanas estadounidenses y, sí, blancas, amén de doscientas mujeres que trabajaban como coordina-

doras, quinientas colaboradoras y veinticuatro mujeres implicadas en la redacción de los principios de unidad? ¿Es posible encontrar un único símbolo que una a todas las mujeres o, para el caso, a cualquier otra agrupación heterogénea? ¿Qué problema hay con el *pussy hat* rosa, siempre y cuando no sea imperativo llevarlo y aquellas a quienes les desagrada su mensaje y se aferren a un símbolo diferente sean bienvenidas? ¿Y qué hacemos con las mujeres trans de color a las que no les importaban llevar el *pussy hat* y decían que «ni una sola vez se sintieron excluidas por ser transgénero o mujeres de color» en la Marcha de Washington?²² ¿Importan siempre las intenciones más que el impacto? ¿Y quiénes somos nosotros para vigilar las intenciones? ¿Con qué autoridad? ¿Qué futuro puede tener una izquierda tan obsesionada con la inclusividad de un único símbolo contra una derecha que cuenta con una plétora de símbolos en torno a los que reunirse, desde las banderas nacionales y las tradiciones religiosas hasta las historias inventadas y las patrias reales o imaginadas? ¿Necesitan aportar todos los manifestantes un inventario de sus privilegios con el fin de unirse a la lucha por la justicia? ¿No hay espacio para cometer errores? No acierto a ver cómo podríamos discrepar de la coorganizadora de la marcha Bob Bland, que dijo en cierta ocasión, en respuesta a diversas críticas, que la Marcha de las Mujeres «era solamente el comienzo de un proceso de aprendizaje que todas teníamos que seguir. Las mujeres no somos un monolito y muchos de los problemas que abordamos son antiguos problemas entre comunidades que no se solucionarán ni hoy ni mañana». ¿Tenemos que clasificar las opresiones y tachar de intolerantes a todos los disidentes? Pese a los fundamentos de las alegaciones en su contra, ¿acaso estaba equivocada Tamika Mallory cuando escribió: «Allí donde está mi gente es donde yo debo estar. El trabajo de coalición no es fácil [...]. Mi labor requiere una unidad operacional que a veces resulta extremadamente dolorosa e incómoda, incluso para mí. Pero yo sigo adelante incluso cuando ello me genera conflictos personales, porque nuestra gente es más importante»?²³ ¿Y no su-

cede lo mismo con otros individuos y grupos a los que consideramos «enemigos»? ¿No deberíamos hablar con los varones blancos de clase trabajadora y votantes de Trump, las mujeres provida o las feministas críticas con el género y tratar de comprenderlos? ¿No caen todos ellos también en el ámbito de la interseccionalidad, incluso si creemos que podrían no estar tan marginados como, por ejemplo, una mujer trans de color que no tiene más opción que ser trabajadora sexual?

A simple vista se trata de preguntas retóricas. Todos sabemos que tanto la derecha como las secciones dominantes de la izquierda tienen respuestas a medida para cada una de ellas. Y en contra de lo que ambos bandos creen, las respuestas son muy similares. Sin embargo, en un nivel más profundo, estas preguntas son complejas y requieren respuestas bien meditadas y matizadas. La inclusividad real exige *diálogo, solidaridad y formación de coaliciones*, no denuncia, cancelación ni peleas sobre los pronombres apropiados o las pequeñas ofensas verbales metamorfoseadas en amenazas existenciales: unas tácticas perfeccionadas y desplegadas con efectividad por la derecha. La izquierda merece algo más que ser una imitadora. Necesita una visión unificadora y su propia respuesta a la crisis de la democracia liberal de la que tanto se habla, y a la que ella contribuye consciente o inconscientemente. Esa visión necesita partir de y basarse en nuestros apuros compartidos como congéneres humanos. Como nos recuerda Loretta J. Ross, haciéndose eco de uno de los eslóganes de la Marcha de las Mujeres de Washington en 2017, «los derechos de las mujeres son los derechos humanos y los derechos humanos son los derechos de las mujeres». «La interseccionalidad es nuestro proceso; los derechos humanos son nuestra meta. Hemos de permitir que todas tengan espacio para sus propios y únicos viajes de autodescubrimiento mediante la comprensión de la interseccionalidad, pero no detendremos el tren de la libertad mientras debatís el precio del billete.»²⁴

EL REPLIEGUE DEL LIBERALISMO

Pocos discreparían hoy en día de que la democracia liberal está en crisis. Y esto no es simplemente un eslogan ni la última moda académica apoyada por el bombo mediático, sino una tendencia a largo plazo y bien documentada. «La larga recesión democrática se está profundizando», escribieron Sarah Repucci y Amy Slipowitz en su reseña del último informe anual de Freedom House *Freedom in the World 2021: Democracy under Siege (Libertad en el mundo, 2021: la democracia bajo asedio)*. Evaluando el estado de la libertad en 195 países y quince territorios mediante una serie de veinticinco indicadores, 2021 marcó el decimoquinto año consecutivo de declive en la libertad mundial, señalaba el informe. Ello afecta a la democracia más populosa del mundo, la India, que descendió de la categoría «libre» a «parcialmente libre» en 2021 y, quizá no tan sorprendentemente, a Estados Unidos, que apenas sobrevivió al ataque más atroz a su democracia, la rebelión en la colina del Capitolio el 6 de enero de 2021. En conjunto, «menos del 20 % de la población mundial vive en un país libre —concluye el informe—, la proporción más pequeña desde 1995».²⁵

La Economist Intelligence Unit y el proyecto Varieties of Democracy (V-Dem), otros dos índices de la democracia ampliamente utilizados, confirman estos hallazgos. El *Democracy Index (Índice de democracia)* de la primera, que evalúa el estado de la democracia en 167 países en función de cinco parámetros (los procesos electorales y el pluralismo, el funcionamiento del Gobierno, la participación política, la cultura política democrática y las libertades civiles) revela que solo el 8,4 % de la población mundial vive en una «democracia plena», mientras que más de un tercio vive bajo un régimen autoritario.²⁶ Por su parte, V-Dem afirma que «el nivel de democracia disfrutado por el ciudadano global medio en 2020 ha descendido a niveles hallados por última vez en torno a 1990». Esto corresponde a ochenta y siete estados de un total de doscientos dos, lo cual significa a su vez que apro-

ximadamente el 68 % de la población mundial vive bajo alguna forma de autocracia.²⁷

Sin embargo, el consenso sobre la crisis de la democracia liberal se desmorona una vez que superamos esta observación científicamente respaldada y comenzamos a discutir la naturaleza de la crisis. Para unos, esta es una crisis del liberalismo marcada por el auge del populismo o de las políticas identitarias radicales, que atraviesa el espectro de izquierda a derecha. Para otros, se trata de una crisis de la democracia caracterizada por los niveles decrecientes de confianza en el sistema político, ora causados, ora precipitados por la globalización neoliberal y la concomitante erosión de la soberanía nacional. Otros hablan de una crisis dual, por el desarrollo en paralelo de las tendencias iliberales y antidemocráticas, que enfrenta entre sí los dos pilares del orden político actual. Como sucede en todos los periodos de crisis, cuando «lo viejo está muriendo y lo nuevo no termina de nacer», por usar el memorable adagio de Gramsci, hay una carrera para proponer los neologismos que describirían mejor los tiempos en los que vivimos, precedidos en su mayoría por el prefijo *pos-* para sugerir que ya hemos dejado algo atrás, ya se trate del *posliberalismo*, ya de la *posdemocracia*. Al margen de nuestra elección de términos y de nuestras afinidades ideológicas, la lista de síntomas ligados a nuestra enfermedad política son más o menos los mismos: apatía, atomización, polarización, resentimiento y, sobre todo, ira, que con demasiada frecuencia se manifiesta en estallidos de indignación, o bien en línea o bien en las calles.

Aunque yo también tomo como punto de partida la crisis de la democracia liberal, no pretendo contribuir a un mercado ya abarrotado de neologismos escatológicos o escenarios del día después, ya que no creo que hayamos dejado atrás ni el liberalismo ni la democracia. Las crisis no siempre abocan a finales trágicos; también brindan oportunidades para el cambio y la mejora. Por consiguiente, me abstendré de dramatizar en exceso nuestros problemas e intentaré poner las cosas en perspectiva, aduciendo

que la crisis actual llevaba mucho tiempo gestándose, y que no somos la primera generación de eruditos o expertos en busca de soluciones para sortearla.

Sostengo, pues, que lo que estamos presenciando en la actualidad es antes que nada una cuestión de *repliegue del liberalismo*, toda vez que la democracia procedimental y las elecciones siguen siendo la única alternativa, por muy controvertidas e imperfectas que puedan ser. Eso es lo que impulsó a los diversos índices de la democracia antes mencionados a diversificar sus categorías y a emplear términos tales como *autocracia electoral*, con el fin de captar mejor los matices de los regímenes híbridos que siguen celebrando elecciones regulares y relativamente competitivas. De hecho, como demuestra la vasta literatura sobre la democracia y la democratización, la mayoría de los problemas asociados con lo que los politólogos denominan *retroceso democrático* (la manipulación electoral, los cambalaches institucionales, las restricciones a los derechos y las libertades fundamentales, el desmantelamiento de los controles y contrapesos, y el control judicial) se hallan intrínsecamente relacionados con el repliegue del liberalismo. Los líderes autoritarios y populistas siguen gozando del respaldo de buena parte de sus poblaciones y, aun cuando ese bien pueda ser el resultado de la manipulación de los procesos electorales, como es obviamente el caso en la Rusia de Putin, la Turquía de Erdoğan o la Hungría de Orbán, ciertamente no es la razón por la que más de 74 millones de personas votaron a Trump por segunda vez en las elecciones estadounidenses de 2020. El motivo principal, a mi juicio, es un repliegue deliberado del liberalismo.

Mi premisa de partida es simple, si bien un tanto controvertida, al menos a primera vista. El repliegue del liberalismo afecta tanto a la derecha como a la izquierda. Dicho en otros términos, la derecha y la izquierda tienen mucho más en común de lo que a ambos lados les gustaría admitir. El populismo es una forma de política de la identidad, y la política identitaria radical es la imagen especular del populismo. La idea del consenso posliberal del

que hablan algunos comentaristas, como la visión de «izquierda en la economía y derecha en la cultura» del movimiento Blue Labour [Laborismo Azul] en el Reino Unido, no es más que una versión ligeramente edulcorada del proyecto neoliberal hegemónico, en particular en lo que atañe a los asuntos de la cultura, la inmigración y la seguridad. Esto obedece en parte a la incorporación de los discursos de la extrema derecha por los partidos de centro-derecha y centro-izquierda a fin de mejorar sus fortunas electorales, pero asimismo a la disposición de la izquierda *woke* a adoptar las tácticas y las estrategias iliberales de sus oponentes, con frecuencia para reprimir la disidencia interna. Como resultado de este desplazamiento tectónico hacia la derecha, se desocupa el centro y la política queda reducida a un juego de suma cero con dos jugadores cada vez más similares: una rivalidad fraternal entre los Rómulo y Remo de nuestros días.

El hecho de atraer la atención hacia la convergencia creciente entre el populismo y la política identitaria radical no significa que la izquierda esté a la par de la derecha, ni que el dogmatismo *woke* represente una amenaza mayor para la democracia liberal que el conservadurismo reaccionario. Nada de eso. La derecha domina claramente lo político (no solo ganando elecciones o llegando a formar parte de coaliciones gobernantes, sino, lo que es más importante, marcando la agenda) y lo económico (el sistema financiero global y gran parte de la riqueza que este produce), en tanto que la izquierda reclama lo cultural (e incluso ahí, su dominio está languideciendo con rapidez). Expulsada en buena medida de los ámbitos del poder político y económico, la izquierda queda muy confinada a una guerra de trincheras en la esfera cultural, notablemente en los campus universitarios y en los medios de comunicación, trasladando la política al ciberespacio y, menos exitosamente como hemos visto con anterioridad, a las calles, imitando la mentalidad del «nosotros» frente a «ellos» de la derecha, y contrarrestando la violencia patrocinada por el Estado y las desigualdades estruc-

turales con los movimientos de protesta *ad hoc*, el ciberactivismo y la vigilancia policial del lenguaje.

Resulta llamativo en este contexto que, pese a un vivo debate académico y político sobre el populismo derechista y otras formas de políticas de la identidad blancas, escaseen hoy en día las críticas de la política identitaria radical *desde dentro de la izquierda*, en comparación con los años noventa, en los que existía un debate riguroso, a la par que empático, entre los defensores de las políticas de la identidad orientadas en función de la raza o del género y la izquierda marxista. Como veremos posteriormente con más detalle, los críticos veteranos de lo que entonces se denominaba *identitarismo izquierdista*, tales como Todd Gitlin, Adolph Reed Jr., William Julius Wilson y Walter Benn Michaels, continuaron nadando a contracorriente hasta bien entrado el siglo XXI, defendiendo un universalismo basado en clases en las páginas de un puñado de revistas socialistas o progresistas, entre las que figuraban *Jacobin*, *Endnotes*, *Counterpunch*, *Common Dreams* y *Monthly Review*, por mencionar solo unas cuantas. Ahora bien, creció la marea del activismo *woke* y se llevó por delante a aquellos que disputaban los dogmas establecidos sobre la raza, el género y la sexualidad. Nada es más emblemático del auge de las sensibilidades *wokes* que la indignación causada por la invitación extendida a Adolph Reed Jr. para dirigirse a las divisiones de Nueva York y de Filadelfia de Democratic Socialists of America's (DSA, Socialistas Democráticos de América) en mayo de 2020. La mañana de la charla, los comités de afrosocialistas y socialistas de color de la organización solicitaron formalmente a la división de la ciudad de Nueva York que retirase su respaldo al evento, aduciendo que la idea de invitar a Reed era «reaccionaria, reduccionista de clase y, en el mejor de los casos, insensible».²⁸ Entre los rumores de que los manifestantes podrían colarse en la charla vía Zoom, Reed y los líderes de los DSA cancelaron la conferencia; «un momento destacado, ya que la organización socialista quizá más poderosa de la nación rechazó la charla de un profesor marxista negro debido a

sus opiniones respecto de la raza», en las palabras de Michael Powell en *The New York Times*.²⁹

El silenciamiento de las voces críticas y la atmósfera general de temor que ha creado en los círculos progresistas ha abocado a un vacío intelectual que ha sido llenado enseguida con un aluvión de interpretaciones derechistas —unas, polémicas y abiertamente partidistas; otras que trataban de proyectar un aura de objetividad con el supuesto objetivo de proteger la «diversidad de puntos de vista» en el «mercado de las ideas», una analogía empleada por primera vez por el juez Oliver Wendell Holmes Jr. en su opinión disidente en el caso *Abrams versus Estados Unidos* (1919)—. Como sostengo en el próximo capítulo, esas explicaciones reiteran en líneas generales los temas de discusión populistas, enfatizando la brecha supuestamente creciente entre la «gente» ordinaria y las «élites» distantes, o, recurriendo a las pegadizas metáforas, los «arraigados» (*somewheres*) y los «cosmopolitas» (*anywheres*), las «últimas filas» y las «primeras filas», llamando la atención sobre las «quejas legítimas» de los «excluidos» en un mundo de cambios rápidos, diversidad creciente y pérdida de las «preciadas» identidades nacionales y los valores tradicionales. Algunos añaden a la historia una dimensión étnica y subrayan la necesidad de hablar de la blancura, exhortando a una nueva política que restauraría en el futuro las esperanzas de las mayorías blancas. El denominador común de estas interpretaciones es un furibundo desdén hacia la izquierda, a la que consideran responsable del repliegue del liberalismo y de la creciente polarización que mutilan las democracias. Su respuesta es alguna versión del catecismo de «fe, familia, bandera», que invariablemente refleja los valores de la mayoría blanca conservadora. Las mujeres figuran con frecuencia como actrices de reparto en esos escenarios, invocadas principalmente contra «otros» extranjeros (por ejemplo, inmigrantes musulmanes) o los llamados guerreros de la justicia social (como muestra el reciente aumento del interés de la derecha en el feminismo crítico con el género). En la mayoría de los casos, terminan

blanqueando o amplificando el mensaje de los populistas de derechas y de los movimientos de ultraderecha.

Estas posturas son criticadas ferozmente, y con razón, por los liberales y por la izquierda por carecer de rigor académico y promover una agenda reaccionaria. Curiosamente, aquí es donde se detienen la mayoría de ellos.

ATREVERSE A IR ADONDE NINGÚN IZQUIERDISTA DESEA IR

Y en esto radica el reto más espinoso al que se enfrentan los liberales y la izquierda. Resulta inconcebible que tantas mentes distinguidas que pueblan los campus universitarios, las salas de juntas de las corporaciones o los consejos editoriales de los periódicos no adviertan el absurdo de que los activistas por los derechos trans cubiertos con pasamontañas bloqueen el acceso a la estatua de Emmeline Pankhurst en Mánchester (la fundadora del movimiento sufragista en el Reino Unido, natural de Mánchester),³⁰ el controvertido concepto de *techo de algodón* empleado para referirse a la dificultad que pueden encontrar algunas mujeres trans al buscar relaciones o sexo con mujeres biológicas,³¹ o los peligros de ignorar o incluso burlarse de las amenazas de muerte creíbles a escritoras prominentes como J. K. Rowling; y todo ello en nombre del activismo progresista.³² El hecho de que guarden silencio o, lo que es peor, que lo fomenten, por miedo a ser ellos mismos «cancelados» demuestra que algo huele a podrido en el estado de la izquierda actual, una suerte de cobardía moral que ha de ser abordada de frente.

Y eso es lo que este libro se dispone a hacer. Soy consciente de que el subtítulo que he elegido para esta sección no es totalmente preciso. Como se ha aludido con anterioridad, ha habido muchos capitanes Kirk que han explorado «mundos nuevos y extraños» y han buscado «nuevas civilizaciones» incluso antes de que yo naciera. Sé que no soy el primero ni probablemente el último iz-

quierdista que osa ir a lugares en los que nadie ha estado antes, si bien no sería inexacto decir que ninguno de nosotros ha alcanzado todavía la «frontera final». Todo lo contrario. Probablemente, jamás hayamos estado más lejos de ella que en la actualidad, razón de más para aceptar el desafío.

Así pues, me aventuraré por el campo minado que la mayoría de los liberales e izquierdistas evitan o bien negando su existencia, o bien restándole importancia. Mi objetivo es: 1) ofrecer una explicación alternativa del repliegue del liberalismo, prestando atención en particular a la política identitaria radical y a los modos en los que esta actúa en connivencia con diversas versiones de la política de la identidad derechista, desde el populismo y el nativismo, hasta el nacionalismo y el supremacismo blancos, y 2) proponer una visión universalista de la política progresista que esté basada en el diálogo, la solidaridad y la formación de coaliciones dentro de un marco de justicia e igualdad para todos. Debería estar claro a estas alturas que me preocupan más las políticas de la identidad de la izquierda que sus equivalentes derechistas, aun cuando estas últimas representen una amenaza mayor para la democracia liberal en cuanto tal. Y, precisamente, esta es la razón por la que creo que existe una necesidad acuciante de ofrecer una crítica de la política de la identidad *woke* desde el seno de la izquierda, es decir, de acabar con los despiadados conflictos internos que asolan el activismo en pro de la justicia social, con el fin de crear un frente unido contra el enemigo real, ese mastodonte llamado *la derecha*, y abordar con mayor efectividad nuestras aflicciones colectivas, desde el cambio climático hasta las crecientes desigualdades y la pobreza global, desde el racismo, la misoginia y otras formas de discriminación basadas en la identidad hasta la más amplia guerra contra la dignidad.

La manzana de la discordia no es aquí la libertad de expresión ni la libertad académica *per se*, como sostienen los provocadores de extrema derecha y los «empresarios antiizquierdistas» (aunque es cierto que también forman parte del problema). En cual-

quier caso, no puede tomarse en serio a la derecha a este respecto, habida cuenta de su selectiva y engañosa aproximación a las violaciones reales o percibidas de la libertad de expresión. Después de todo, las denuncias y la cancelación no ocupan los titulares de las publicaciones derechistas cuando los intelectuales progresistas son las víctimas, pongamos por caso, de los *lobbies* proisraelíes y ultraconservadores o de los donantes adinerados.

Esto no altera el hecho de que la política identitaria radical actual, o lo que se denomina izquierda *woke*, sea harto más intolerante y excluyente que sus predecesoras, especialmente el movimiento por los derechos civiles de los años sesenta o el multiculturalismo de los noventa. Huelga decir que soy plenamente consciente de que estas observaciones, y más en general mi incursión en el campo minado, siguiendo los pasos de los pioneros liberales y progresistas, no serán bien recibidas por muchos de los izquierdistas *wokes* que se aferran a la creencia de que conceptos ampliamente difundidos como *cultura de la cancelación* o *guerra cultural* no son más que herramientas retóricas destinadas a desacreditar nuevas formas de activismo basado en la identidad y, lo que quizá sea más importante, a desviar la atención de los auténticos peligros planteados por la derecha reaccionaria. En cualquier caso, se apresurarán a añadir los negacionistas y los apolo-gistas, es un error comparar los actos descarados de violencia (como los presenciados en la colina del Capitolio, en Charlottesville o en Christchurch) con los actos «relativamente inofensivos» de censura en las universidades o de «desplataformización» (*de-platforming*).

Estas dos objeciones potenciales no deberían confundirse. Por lo que concierne a la segunda, merece la pena reiterar que yo no pretendo comparar cosas semejantes, ignorando los desequilibrios estructurales entre la derecha, que ejerce un enorme poder político y económico, y la izquierda, que trata de desafiar la hegemonía conservadora mediante una *guerra de posición* en el sentido en el que Gramsci utiliza el término, esto es, una lucha intelectual

prolongada para transformar las creencias y los valores hegemónicos. No obstante, no creo que las disparidades de poder existentes vacunen a la izquierda contra la crítica. Es posible —de hecho, es bastante urgente— ofrecer una descripción sincera de las formas en las que la izquierda padece el desplazamiento global hacia la derecha y contribuye al repliegue del liberalismo, y lanzar una advertencia contra los peligros de las adulaciones aparentemente inocuas de la violencia («*punch a nazi*» [dale un puñetazo a un nazi]),³³ la misoginia («*I punch TERFS*» [le doy un puñetazo a las TERF]; «*stab your local TERF*» [apuñala a tu TERF local]),³⁴ o los actos de vandalismo y violencia física (quemar libros, acoso físico a oradores o manifestantes «no deseados»), sin alimentar la idea de una falsa equivalencia.

Por otra parte, como podría resultar evidente a la luz de lo que he escrito hasta el momento, me opongo con firmeza al negacionismo o a la apología de la cultura de la cancelación. La cultura de la cancelación puede haber sido ejemplo de un *pánico moral* instigado por la derecha en el sentido en el que definía el término el sociólogo Stanley Cohen, como una condición o episodio que se percibe como una amenaza para los valores e intereses sociales. Ahora bien, como señala Cohen, «designar algo como un *pánico moral* no implica que ese algo no exista o no haya sucedido en absoluto, ni que esa reacción se base en la fantasía, la histeria, el delirio y la ilusión de ser engañados por los poderosos».³⁵ Y aunque es cierto que la derecha exagera la gravedad y el alcance del «daño» causado por las campañas de cancelación, no deberíamos olvidar que estas son esgrimidas por la izquierda *woke* como un arma para imponer la conformidad ideológica interna. En un momento en el que los conflictos en el seno de la izquierda son con frecuencia más feroces que el tradicional tira y afloja entre la izquierda y la derecha, y los compañeros progresistas son acusados de estar en «el lado equivocado de la historia» o «confabulados con la ultraderecha» simplemente por cuestionar las ortodoxias *wokes*, el negacionismo solo puede abocar a la atrofia.³⁶ Un mejor

plan de acción, que el propio Cohen propugna, consiste en fomentar o provocar pánicos morales respecto de otros problemas políticos y «revelar las estrategias de negación desplegadas para impedir el reconocimiento de esas realidades».³⁷ «Todos los trabajadores culturales», escribe, nos dedicamos a «construir problemas sociales, hacer reclamaciones y establecer agendas públicas», pensando que «estamos provocando “buenos” pánicos morales». Quizá podríamos recrear de un modo deliberado las condiciones que tornan exitoso un pánico moral particular y tratar de superar «las barreras de la negación, la pasividad y la indiferencia» que nos ciegan ante la crueldad y el sufrimiento humanos, o ante los problemas, sostendría yo, que nos afectan a todos y a cada uno de nosotros como seres humanos.³⁸

LA DERECHA, LA IZQUIERDA Y LO LIBERAL

Hasta ahora he estado escribiendo sobre la derecha y la izquierda como si fuesen dos gigantescos monolitos ideológicos que actuaran en perfecta sincronía y estuviesen atrapados en un conflicto permanente el uno con el otro. Huelga decir que este es un simple juego de manos narrativo, la simplificación excesiva y deliberada de una realidad harto más compleja, destinada a mantener interesado al lector en lo que será un viaje largo y sinuoso. Inspirado por Ian Haney López, profesor de Derecho Público que ocupa la cátedra del presidente del Tribunal Supremo Earl Warren en Berkeley, uso los términos *derecha* e *izquierda* para designar «constelaciones de ideas contrapuestas» acerca de la cultura y la identidad, interpretadas en sentido amplio, puesto que este libro se ocupa principalmente de diferentes versiones de las políticas de la identidad.³⁹ Estas encajan parcialmente con definiciones establecidas de *derecha* e *izquierda*, toda vez que la primera se preocupa más de los derechos y las libertades individuales, prefiere un Estado pequeño y defiende principios conservadores, en particular un

compromiso con la nación, la familia tradicional y los valores religiosos, en tanto que la segunda se centra en el bien colectivo, la justicia social y la igualdad, concibiendo un papel mayor para el Estado con el fin de conseguir estos objetivos. Digo «parcialmente» porque ambas etiquetas políticas implican un buen número de opciones políticas, diferentes prioridades y estrategias, y están en continuo cambio. Al igual que López, yo también emplearé los términos *conservador* y *reaccionario* como sinónimos aproximados de la derecha, y *progresista*, de la izquierda.

Estas observaciones preliminares han de ser matizadas en cuatro sentidos. En primer lugar, cuando es preciso, distingo entre las versiones moderadas y extremistas de la derecha, y me refiero a estas últimas como *extrema derecha* o *ultraderecha*, ateniéndome a la simple definición del término en el diccionario, que designa una facción dogmática o de línea dura dentro de un movimiento o espectro político, si bien es cierto que las líneas que separan ambas se difuminan cada vez más en el paisaje político actual. No utilizo el término *extrema izquierda*, no porque esta no exista, sino porque en el lenguaje ordinario esta se corresponde a menudo con lo que yo denomino *política identitaria radical* o *izquierda woke*.

En segundo lugar, tal como yo los defino, los términos *derecha* e *izquierda* no se solapan claramente con los partidos políticos existentes en el mundo, que continúan o aspiran a ser amplias iglesias que conciten una extensa gama de ideas y opciones políticas con el fin de triunfar en las urnas. Por poner unos pocos ejemplos bien conocidos, los partidos Republicano y Demócrata en Estados Unidos constan al menos de dos facciones, una centrista y más dominante que compite por el poder con elementos más extremistas. El Partido Republicano que tienen en mente Donald Trump y personajes de la talla del gobernador de Florida Ron DeSantis o el senador de Texas Ted Cruz es abiertamente de extrema derecha tal como yo la defino, y probablemente no sea algo con lo que se sientan cómodas otras figuras, como, por ejemplo, la

representante Liz Cheney o el excandidato presidencial John McCain. De modo análogo, el Partido Demócrata no se define por las ideas más radicales del «Escuadrón», liderado por la representante Alexandria Ocasio-Cortez, aunque las propuestas políticas de esta facción lleguen a incorporarse a veces a la corriente dominante. El Partido Laborista del Reino Unido era más izquierdista con Jeremy Corbyn que con Tony Blair o Keir Starmer. Los movimientos políticos liderados por dirigentes políticos autoritarios tales como Putin, Erdoğan, Bolsonaro y Orbán podrían describirse como extrema derecha en vista de su aversión hacia los mecanismos democráticos y su común desdén por las minorías étnicas, religiosas y nacionales, así como por los grupos disconformes con la identidad, en particular por las personas LGTBQ+. Ahora bien, lo mismo sucede en la República Popular China o en Corea del Norte, donde no existen protecciones contra la discriminación para las personas LGTBQ+, y ninguno de ambos países reconoce legalmente el matrimonio homosexual, las uniones civiles ni las parejas de hecho, por no mencionar el trato que dispensan a las minorías étnicas y nacionales. En resumidas cuentas, cualquier intento de etiquetar políticamente un movimiento o a una persona está destinado a ser subjetivo y arbitrario, si bien resulta asimismo indispensable en términos heurísticos.

Esto me lleva al tercer problema. Es casi seguro que los diversos académicos, expertos o activistas que menciono en los capítulos siguientes como representantes de movimientos políticos y corrientes de pensamiento particulares se opondrán a su clasificación como derecha o izquierda (y a todo cuanto ello conlleva). Es igualmente cierto que algunos lectores (¡aunque espero que no la mayoría!) estarán de acuerdo con ellos y se opondrán a mi caracterización, o aducirán que estas descripciones son demasiado generales y abstractas como para ofrecer una representación fiel de las realidades sobre el terreno. No les falta razón. Muchas personas, entre las que me incluyo, estamos solo imperfectamente comprometidas con los ideales asociados a las interpretaciones con-

vencionales de la derecha y la izquierda en términos económicos, políticos o ciertamente culturales. Más aún, nuestros ideales y nuestras prioridades no están grabados en piedra, sino que evolucionan en respuesta a las circunstancias cambiantes. Podemos volvernos más o menos radicales con el paso del tiempo, conforme varían nuestras percepciones de las amenazas y nuestros «otros». Dada esta evidente falta de una solución perfecta, me limito a aferrarme al apropiado símil de López y trato la contienda entre la derecha y la izquierda como «más parecida a un choque de frentes meteorológicos que concentran una potencia tremenda, pero están compuestos por millones de partículas de aire y gotas de lluvia que se arremolinan en corrientes transversales».⁴⁰

La última matización o, mejor dicho, aclaración, concierne al enorme elefante en la habitación: ¿cómo encaja el liberalismo en este panorama? ¿Y a qué me refiero cuando hablo del repliegue del liberalismo? Vaya por delante que una descripción cabal de la relación entre el liberalismo y las diversas corrientes de la derecha y la izquierda va mucho más allá de los confines de este libro. Baste decir que, como una doctrina política y una filosofía moral, el liberalismo entraña el respaldo de: 1) los derechos y las libertades individuales, 2) la liberación del sesgo, el prejuicio o la intolerancia y 3) un gobierno limitado, esto es, solamente el necesario para proteger las libertades individuales. Más allá de este mínimo indispensable, las tentativas de definir el liberalismo se asemejan mucho a la construcción de castillos en el aire, toda vez que este trasciende la división entre la derecha y la izquierda, adoptando el color del contexto político e histórico en el que se desarrolla. El repliegue del liberalismo hace referencia al primer y al segundo aspecto de esta definición básica: un alejamiento o un abandono deliberado de los derechos y las libertades fundamentales, incluidas la libertad de expresión, la libertad de creencia, la libertad para vivir sin temor y la libertad para vivir sin miseria: las célebres «cuatro libertades» de Franklin D. Roosevelt, que se consagran asimismo en la Declaración Universal de los Derechos Humanos

y en los subsiguientes convenios internacionales sobre derechos civiles, políticos, económicos y sociales.⁴¹

La premisa de partida de este libro es la creencia en que las formas contemporáneas de las políticas de la identidad constituyen una desviación de las normas liberales básicas, en el sentido en que las definió el filósofo inglés del siglo XIX John Stuart Mill en su clásico *On Liberty (Sobre la libertad)*: «Si toda la humanidad, menos una persona, fuera de una misma opinión, y esta persona fuera de opinión contraria, la humanidad sería tan injusta impidiendo que hablase como ella misma lo sería si, teniendo poder bastante, impidiera que hablara la humanidad».⁴² Por otra parte, la clase de visión progresista con la que yo más me identifico se describe mejor como *socialismo democrático*, pues es resueltamente antineoliberal, y propugna una política de la redistribución y un Estado del bienestar intervencionista, que sospecho que entusiasmará a pocos derechistas. Pero abordaremos este asunto más adelante.